



UNO

Memoria, eucaristía, muerte

BERRIGAN: Siempre me ha fascinado la noción de «remem-branza». Pocas veces se piensa en la memoria como poder creativo; un poder que ensambla diferentes percepciones del tiempo, que evita que vayamos de aquí para allá simplemente saltando de una persona a otra, de un acontecimiento a otro. Al igual que un cirujano, «re-membramos» un miembro amputado, un cuerpo roto o un esqueleto. Es decir, reunimos vidas rotas, las juntamos en un solo cuerpo. También me parece una óptica enriquecedora la capacidad de invocar el futuro, de «re-membrar» el futuro. Mucha gente cree que la memoria consiste tan solo en desenterrar el pasado, sobre todo en lo relacionado con la aflicción, el abatimiento, el recuerdo de errores de antaño, de la muerte, de la separación de las familias, de humillaciones personales. Pocas personas tienen una vida tan estructurada como para que su memoria contemple el futuro con ecuanimidad, por el simple hecho de que su presente es realmente intenso y bastante, —incluso bastante dichoso—.

Esta idea me asaltó al pensar en Martin Luther King y en su actitud hacia su propia comunidad. A pesar de los más amargos recuerdos de esclavitud y sometimiento,





esa gente pudo levantarse y crear un futuro más humano en medio de la opresión. De forma misteriosa, ese pasado amargo y poco prometedor se había transformado en una visión: la visión de un futuro totalmente nuevo. Y el hecho más sorprendente fue que la lucha, —el éxodo como dice la Biblia—, incluyó también al guardián, al esclavista: nunca quedó atrás.

Por supuesto, los blancos debían ver ese mismo éxodo de forma totalmente diferente. La pregunta que se planteaba King era: ¿cómo dejar de ser esclavos? Pero la pregunta para los blancos era: ¿cómo dejar de ser esclavistas? Es fácil percibir la esclavitud en cualquiera de sus formas cuando uno ya la ha experimentado; pero es muy difícil ver eso otro, ¿sabes? Los poseedores de la tierra, al menos según la Biblia, rara vez cambian. Es un milagro mayor que el arrepentimiento de un pecador, la cura de los leprosos o que los ciegos recobren la vista. No tenemos noticia de que miembros del Sanedrín Judío, de la Curia romana o incluso el propio Pilatos se convirtieran o alcanzaran una nueva visión o iluminación. En la Biblia no parecen tener futuro, literalmente; el futuro siempre pertenece al grupo que ha salido de la esclavitud. Son mensajes muy inquietantes sobre la conciencia.

NHAT HANH: Yo estaba pensando en un significado diferente de la palabra «re-membrar». En francés tienen la palabra *recueillement* para describir la actitud de alguien que intenta ser él mismo, no estar disperso con un miembro de su cuerpo aquí, otro allá. Una persona intenta recuperarse, estar enseguida en mejor forma para llegar a ser un todo de nuevo.

Y creo que ese es el comienzo del despertar. A veces se habla de la iluminación repentina. No es algo difícil de en-





tender. Todos hemos pasado por ese tipo de experiencia en nuestra propia vida, varias veces incluso. La distancia que separa el olvido y la ignorancia de la iluminación es corta, tan corta que no hay distancia alguna. Puedes ser un ignorante ahora y llegar a iluminarte en el segundo siguiente. La recuperación de uno mismo puede realizarse en tan solo una fracción de segundo. Y ser conscientes de quiénes somos, de lo que somos, de lo que hacemos, de lo que pensamos, parece algo muy fácil de hacer –y, sin embargo, es lo más importante: *se recueïllir* – punto de partida de nuestra salvación.

Una vez medité sobre el significado de la Eucaristía. De repente, el mensaje de Jesús me pareció muy claro. Sus discípulos lo habían seguido y lo habían observado, habían tenido la oportunidad de verlo, de mirarlo a los ojos, de verlo sonreír, de verlo en su realidad. Pero me parece que no fueron capaces de entrar en contacto profundo con esa maravillosa realidad. Entonces partió el pan, sirvió el vino y dijo: «Esta es mi carne, mi sangre. Bébanla, tómenla, cómanla, obtendrán la vida eterna». Creo que el mensaje es muy claro, evidente, para un monje budista. Comemos mucho, bebemos mucho, pero ¿qué comemos? Comemos fantasmas; bebemos fantasmas. No comemos el pan verdadero: la realidad. No bebemos el vino verdadero. Cuando Jesús dijo: «Esta es mi carne, esta es mi sangre», se trató de una forma muy drástica de despertar al ser humano del olvido, de la ignorancia.

Por lo tanto, creo que cuando celebras el rito de la Eucaristía, desempeñas un papel muy similar al acto que llevó a cabo Jesús. Tu papel es devolver la vida y la realidad a la comunidad que participa en el culto. Hubo momentos en los que no era capaz de ver ese despertar que se produce en la Eucaristía. Entonces me decía:





«Algo falla. El milagro no se produce por realizar el acto correcto y decir las palabras correctas. No. Tienes que ser capaz de despertar la realidad, de revivir la realidad. Y eso depende de quién seas como persona, depende de tu ser 'vida'».

Una vez dije esto en una reunión budista: «Para salvar el mundo, cada uno de nosotros debe construir una pagoda».

BERRIGAN: ¿Construir una pagoda?

NHAT HANH: Sí. Construir una pagoda. Algunos creyeron que les estaba pidiendo que construyeran más pagodas para que el budismo se convirtiera en una religión nacional. Pero la pagoda de la que hablo no se puede construir con piedra, madera y cosas así. Esta pagoda es un santuario donde tienes la oportunidad de estar solo y enfrentarte a ti mismo, a tu realidad. Si no cuentas con una pagoda como esa en la que entrar cada día, varias veces al día, entonces no puedes proteger la Eucaristía, no puedes protegerte a ti mismo y no puedes proteger al mundo de la destrucción. ¿Decías?

BERRIGAN: La Eucaristía evoca la muerte de Jesús. Ahora estamos en Semana Santa, y nos ronda una pregunta: ¿cómo vivió aquel hombre?, ¿cómo murió?

Los Evangelios parecen sugerir que él sabía lo que se avecinaba: que asumió la muerte libremente, empezando por el angustioso episodio de Getsemaní. Juan se muestra bastante distante y espiritual en sus descripciones. Lucas, médico según la tradición, se muestra más atento a los aspectos físicos. Es el único de los evangelistas que da detalles como el que sudara sangre. Esto está evidentemente





relacionado con su sometimiento y superación del miedo a la muerte: muerte por anticipación.

Juan parece decirnos que Jesús vio el otro lado de la muerte, mientras que Lucas subraya la agonía que implica la muerte misma. Así, Lucas nos dice que sudó sangre, y Juan escribe que él se encontró con unos peregrinos y les contó una parábola. Por un lado, hay una pérdida de control y por el otro un control total. Lucas dice que su sudor descendió como sangre, como gotas de sangre. Y Juan nos dice que en medio de su lucha mantuvo una tranquila charla, les habló a unos gentiles sobre un grano de trigo que cae a la tierra, muere y luego se eleva de nuevo, como si estuviera hablando en realidad de Sí mismo.

Creo que en ambos casos estamos ante un brote de angustia: la agonía de quien lo ha perdido todo, pero aún debe perderse a sí mismo. No hay duda de que Jesús vivió como si las posesiones no fueran entidades con vida propia, sino objetos, meros instrumentos. Se paseó entre un gran número de ellas, disfrutándolas, utilizándolas, pero nunca las ató realmente a Sí mismo, como si fuera una ristra de latas. La vida en sí era otra cosa. Al final de su vida surgió un gran miedo a la muerte, como si nos dijera que quien ama profundamente la vida se enfrenta con pavor a la injusticia y la violencia de una muerte inmerecida, pavor a la pérdida de su integridad corporal, de su sentido del mundo. La vida de uno mismo es la posesión última y más querida. Y ahora él debe irse, debe renunciar a la vida misma. Este ciclo de agonía se repite tres veces: Lucas nos cuenta que Jesús reza y busca ayuda, vuelve a rezar y busca ayuda, y luego reza. Después camina hacia sus captores.





Mi breve experiencia en la cárcel incluyó afrontar la muerte, un simulacro de muerte². Creo que no se puede salir de esta experiencia inalterado, a menos de estar muy distraído mientras la estás viviendo. Pero hay algo muy interesante: en el Nuevo Testamento nunca se nos dice que no le tengamos miedo a la muerte. Ni siquiera se nos dice que el miedo a la muerte sea antinatural. Tal vez esa sea una mejor manera de decirlo. En cambio, se nos dice constantemente que nos espera un encuentro mayor, un contrapeso al miedo. Creo que lo que se intenta decir es que la realidad es mucho menos aterradora que el propio miedo. Un día en el que estuve a punto de morir en la cárcel, de repente me di cuenta de que el saber que me estaba muriendo era un momento muy tranquilo y sencillo; y ya no tuve miedo.”

NHAT HANH: Tal vez porque en ese momento tienes conciencia de que lo que has considerado como muerte no lo es. Y tal vez llegas a comprender que, si no sabes morir, tampoco sabes vivir. Creo que en las Escrituras Cristianas se pueden distinguir dos tipos de muerte. Yo propondría que el primer tipo de muerte se escribiera con «m» minúscula. Forma parte de la vida; sin ella no hay vida. El otro tipo de muerte es lo contrario de la vida; es la Muerte verdadera. Así que morir, tal y como lo experimentamos muchos de nosotros, no es más que una forma de vivir. No nos resulta difícil entender que, si no hay muerte, la

² En 1971, mientras estaba en prisión, Berrigan estuvo a punto de morir como consecuencia de un shock alérgico masivo provocado por una intervención dental rutinaria.





vida no es posible. La vida es un proceso de cambio, y el cambio trae consigo nacimiento y muerte. ¿Cómo puede haber nacimiento si no existe la muerte?

Desde el punto de vista de las escrituras budistas, la nuestra es una doctrina del vacío. Pero vacío no significa «aniquilación» ni nada por el estilo; el vacío es un medio para percibir la naturaleza de la realidad. En el *Sutra del Corazón*, un texto que leemos varias veces al día, se dice que después de haber comprendido el vacío de todas las cosas, podemos superar todo tipo de miedo y sufrimiento, incluso el miedo a la muerte. Nuestra meditación sobre el «vacío» de las cosas nos ayuda a comprender, a darnos cuenta de la estrecha relación que existe entre los fenómenos. La vida es un fenómeno, la muerte es un fenómeno, y ambas en conjunto son la propia vida. Y por eso, cuando has visto la verdadera naturaleza de las cosas, adquieres una especie de ausencia de miedo, una actitud de calma, pues sabes que tu muerte no supondrá el fin de la vida. Sabes también que tu existencia no depende de tu «estar vivo» ahora. Así que la existencia de la realidad trasciende a la vez eso que llamamos vida y eso que llamamos muerte. Solo la falta de despertar, la falta de consciencia de la realidad podría llamarse verdadera Muerte. Pero una vez que despiertas a la realidad, eso que solemos llamar muerte se convierte en parte de la vida.

BERRIGAN: Sí, sí. Mientras hablabas recordé nuestras Escrituras, especialmente la actitud de Jesús ante la muerte según el Evangelio de Juan. Juan utiliza la palabra “muerte” muy pocas veces; y hasta donde yo recuerdo, Jesús nunca utiliza esa palabra al hablar de Sí mismo. Siempre recurre a algún tipo de paráfrasis. Quizás se deba a que





hay muchas cosas en las que la palabra muerte puede bloquearnos, porque implica la noción popular de extinción, la noción de una realidad personificada o de un poder maligno que gobierna el mundo. Los seres humanos le rinden tributo, la transforman en un ídolo. Pero Jesús utiliza frases como: «Cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí», o «Yo me voy al Padre», o «Yo paso desde este mundo al Padre».

En el texto griego hay un juego de palabras con el término *pashka*, «pasar», el equivalente griego de la palabra hebrea *pésaj*. La Pascua judía o el *Pésaj* es el paso de salida desde la esclavitud a la libertad, lejos de Egipto. Es como si él nos dijera: «El paso desde Egipto a la libertad, esa es mi noción de muerte». Es una imagen extraordinariamente rica, pensada, creo, para acabar brutal y repentinamente con nuestro antiguo tributo a la muerte, un tributo que el mundo exige permanentemente y que también paga siempre, porque exigirlo es pagarlo.

En las cartas de Pablo, la noción de muerte es también muy poderosa y dramática. «Si la muerte abunda, la vida abunda aún más»: sabes que ambas se enfrentan. El resto de los evangelistas tratan la muerte de Jesús con delicadeza, incluso desde el punto de vista biológico. Desde un punto de vista apologético, están ansiosos por transmitir que Jesús realmente padeció esto: que su alma abandonó su cuerpo, que él realmente se hizo uno con el mundo inerte y luego resucitó, que no hay engaño, que murió de verdad.

Creo que lo que Juan dice muestra un equilibrio muy interesante: «Nada puede la muerte sobre nosotros»; y que los otros respondan: «Sí, pero nosotros morimos de verdad». ¿Ves lo que quiero decir? Jesús murió. Y este ciclo cruel no se interrumpe hasta que él se somete. Dice: «En





tus manos encomiendo mi espíritu». Y después expira. Solo entonces interviene el Padre: después. Pero no interviene para salvar a Jesús de la muerte: «No, no, que todo suceda. Que ocurra».

NHAT HANH: En los antiguos círculos monásticos budistas se solía hablar de esta cuestión, la más importante: la cuestión de la vida y la muerte. Y se decía a menudo que un monje iluminado se limitaba a sonreír la mayor parte del tiempo, como quien busca algo y de repente se da cuenta de que no lo ha perdido, que siempre lo ha llevado en el bolsillo.

Se han escrito muchos tratados sobre la muerte. Según los mismos, antes de morir, no mueres; mientras estás vivo, la muerte no existe; y después de morir, la muerte tampoco existe. Antes de la muerte no hay muerte; y después de la muerte no hay muerte. Algo por el estilo. Está muy bien.

BERRIGAN: Recuerdo a [Thomas] Merton hablando sobre la muerte con los novicios. Hablaba de ella con alegría, casi con esperanza. Decía que lo único que libraba la vida de un monje del absurdo absoluto era que su vida fuese una alegre conquista de la muerte. Y esa vida solo tenía sentido porque el monje había conquistado la muerte. Vivía al margen de un mundo que rindiera a la muerte semejante tributo —racista, violento, militarista— recaudado por medio de la propia muerte de las personas. En sus palabras, en su forma de hablar y en la ligereza de su tono se percibía que lo había conseguido, que realmente la había conquistado.

Murió poco después. Y aunque fue desgarrador para sus amigos, resultó hermoso oírle decir que se enfrentaba a





ella con ese espíritu. Así que creo que, para nosotros es una gran alegría, un gran privilegio, vivir una vida de fe en la que cada día está presente la posibilidad de la conquista de la muerte. Tengo la impresión de que Merton fue capaz de suscitar ese espíritu entre los monjes más jóvenes. Había una iluminación en su actitud habitual ante la gente, ante la fama, ante... no sé, lo contrario de la idolatría. Poseía un verdadero sentido de Dios y del mundo, y creo que después de estar con él la gente tomaba conciencia de las posibilidades que ofrecía la vida, tal vez de la iluminación. Creo que se debía a que en su propia persona se había liberado de toda esa muerte.

NHAT HANH: Creo que se puede decir que la vida eterna es aquella vida que incluye la muerte. De hecho, la vida eterna no es posible sin la muerte. Por ejemplo, supón que tienes una moneda. Tiene dos caras, una opuesta a la otra. Pero cada una de las caras no es la moneda. La moneda es ambas cosas. Si hablamos de la vida eterna como una moneda, la vida no eterna es solo una de las caras. Una vez que eliges la vida eterna, eliges también la muerte, y ambas son la vida. Pero si quieres quedarte con una sola cara de la moneda, no tendrás la moneda.

BERRIGAN: En Estados Unidos, gran parte de lo que consideramos vida cotidiana, vida humana, está relacionada con la muerte de una manera muy peculiar. Por ejemplo, tenemos todo tipo de guerras declaradas contra tal o cual aspecto de la muerte. Hay una guerra contra la pobreza, una guerra contra el cáncer, una guerra contra las enfermedades del corazón. Incluso hay una guerra contra la guerra. Estos aspectos de la muerte que nos rodean, que





están dentro de nosotros, se conciben siempre como el gran enemigo a vencer para poder superar la enfermedad, la guerra, la pobreza; y llegar a lo que quieren creer que es la buena vida, la verdadera vida, la vida libre de la muerte. Y persiste ese sueño. Pero se trata siempre de un sueño perturbado y violento porque sugiere (y a veces lo dice abiertamente) que para lograr ese avance debemos declarar la guerra a algo o a alguien. Siempre hay algo que se interpone en nuestro camino para alcanzar algo parecido a la verdad de la vida o una vida con los demás; y hay que acabar con ello, hay que vencerlo.

Por supuesto, lo cierto es que nuestra cultura carece casi totalmente de una visión de cuál podría ser esa buena vida. Nos domina el consumismo, el miedo, la violencia, el racismo: todas estas terribles mitologías que alejan de nosotros para siempre cualquier visión real de las cosas. A la luz de las Escrituras, me parece interesante que mientras el sueño de la buena vida se pospone para siempre, se magnifica constantemente la muerte: omnipresente, omnívora, la otra sombra, el enemigo. Así que en realidad nunca rendimos homenaje a la vida, nunca alcanzamos la vida. Lo único que hacemos todo el tiempo es rendir homenaje a la muerte. La posibilidad de la vida se aplaza y se aplaza, porque los obstáculos y los enemigos se multiplican como pirañas, eternamente.

Hasta el fin de la historia libramos una guerra de sombras. Las sombras son creadas por nuestra propia psique a imagen de la muerte. En ese deseo de acercarnos a la beatitud, que no tiene nada que ver con Dios ni con el prójimo, debemos matar todo el tiempo. En la búsqueda de vida siempre estamos infligiendo muerte. La guerra se convierte en ocupación y preocupación continua en la mente de personas que supuestamente intentan obtener una vida mejor.





Hablando en términos bíblicos, Dios es sustituido por el diablo, que es en realidad la muerte personificada. Este es el santuario al que rendimos culto. Esta es, en mi opinión, la consecuencia práctica de nuestra guerra contra la vida. Nuestros verdaderos santuarios son las centrales nucleares, el Pentágono y los laboratorios de investigación bélica. Aquí es donde rendimos culto, permitiéndonos escuchar la obscena orden de matar y ser matado. Una orden que, me parece, es contraria a Cristo, contraria a Dios.

Algún día deberías viajar a los campos de Dakota del Norte, justo al sur de la frontera canadiense. Es todo pradera, todo es plano. Y durante kilómetros y kilómetros de horizonte, lo único visible es una central nuclear con forma de pirámide. La mayor parte, por supuesto, es subterránea. Alguien me dijo que en Egipto la construcción de las pirámides comenzó justo antes de la caída de una dinastía. Eran una especie de sarcófago, una especie de santuario a la muerte que levantaban a modo de aceptación de que se estaban muriendo. Alguien dijo que si Dakota del Norte se separara de la Unión sería la tercera potencia nuclear del mundo. Y eso que es un estado agrícola.

NHAT HANH: Así la guerra se convierte en la única alternativa. Durante las épocas en que la guerra era muy intensa en Vietnam, la mayoría de nosotros meditábamos sobre la muerte todos los días, porque la muerte era cuestión de segundos, de minutos.

En ese ambiente, cada uno de nosotros se sentía presionado para trabajar más rápido, para penetrar en la cuestión de la vida y la muerte. Por un lado, nos empujaba la necesidad de llevar ayuda a los que sufrían. Había que enterrar a los muertos y ayudar a los niños mutilados, y a menudo





nos dedicábamos a construir refugios para los demás. Tenías que estar ocupado todo el tiempo haciendo esta clase de cosas. Pero siempre tenías en mente la cuestión de la vida y la muerte.

Si llegaba la muerte y no estabas preparado, no podías asimilarla de forma adecuada. Pero había otros incentivos, había quienes actuaban de forma muy diferente. Decían: «De acuerdo, no sabes cuándo vas a morir, así que si tienes algo de dinero ¿por qué no gastarlo?». Era una actitud diferente, dado que el futuro era incierto.

Mi maestro murió durante la ofensiva del Tet de 1968, pero no por una bomba o una bala. No pudo soportarlo. Simplemente no pudo soportarlo. Era un anciano, tenía ochenta y cinco años.

BERRIGAN: ¿No pudo soportar... la guerra? ¿Los asaltos al monasterio?

NHAT HANH: El monasterio fue alcanzado por una granada de mortero; pero no murió nadie. En ese momento yo no estaba en el país; no tuve la oportunidad de ver a mi maestro antes de su muerte.

Recuerdo muy bien lo que me dijo cuando yo era novicio. Fue hace mucho tiempo, durante la ocupación francesa. Teníamos arroz para los monjes, y tuvimos que enterrarlo para salvaguardarlo, porque los soldados franceses venían y nos lo robaban. Lo metíamos en grandes contenedores que enterrábamos en el patio. Un día, el maestro y unos cuantos novicios salimos al patio para desenterrar una lata de arroz para la cena. El maestro era ya anciano, pero seguía nuestra tradición de que todo monje debe trabajar: «Si no trabajas, no comes». Mientras trabajaba





nos dijo: «Estoy muy cansado. Esperemos a después de mi muerte». Los vietnamitas solemos decir: «Espera a que me muera, ya no estaré cansado». Él estaba bromeando, todos sudábamos por el duro trabajo. Pensé que se trataba solo de una broma, pero medio minuto después nos dijo: «¿Quién será esa persona después de mi muerte? ¿Quién será la persona que no estará cansada?».

Aquello me impactó y lo tomé como tema de meditación. Me ayudó mucho. Me di cuenta de que, si observas al maestro, su forma de vivir y escuchar, encuentras cosas útiles para tu propio trabajo. Son cosas que no se encuentran estudiando las escrituras durante horas y horas con las explicaciones de un profesor. Ahora él ya no está. Ya no existe, y se supone que yo debo sucederlo. Pero desde que estoy aquí, otro discípulo se ha hecho cargo del monasterio³.

BERRIGAN: Gracias a Dios que estás aquí. Y como esta semana se celebra el Jueves Santo, tal vez podamos celebrar juntos la Eucaristía. Sería maravilloso.

NHAT HANH: Claro. Haremos pan.

³ Thich Nhat Hanh fue nombrado abad del monasterio de Tù Hiếu, en Huế, el 1 de mayo de 1966. Once días más tarde abandonó Vietnam para hacer un llamamiento a la paz, marcando el inicio de treinta y nueve años de exilio.

